

Las condiciones globales para un desarrollo sostenible

Samir Amin*

Durante las tres primeras décadas de la posguerra, el desarrollo fue la preocupación mundial: el Estado de bienestar en el Oeste desarrollado, el sovietismo en el Este, la modernización en los países del Tercer Mundo. Estos tres pilares, erigidos sobre la base de la victoria de los pueblos contra el fascismo, fueron erosionados progresivamente por los mismos límites que su contenido les imponía: límites del compromiso socialdemócrata, ambiciones de las burguesías soviéticas y las del Tercer Mundo. De este modo se definieron las condiciones del capital que genera necesariamente la crisis. Para salir de esta crisis y de los riesgos de regresión política que supone (derecha autoritaria, limpieza étnica), será necesario romper con el neoliberalismo y conciliar la interdependencia que implica la globalización y el fortalecimiento de las posiciones de todos los “débiles” del sistema: los pueblos de las periferias, las clases sociales dominadas en todos los países de los centros y las periferias. Es en este marco donde debe plantearse el problema del desarrollo sostenible, para evitar que este concepto se transforme en una expresión desprovista de sentido o en un nuevo instrumento de dominación.

La historia reciente del desarrollo

El desarrollo como objetivo en la posguerra

El desarrollo ha dejado de figurar en el orden del día de las preocupaciones: los Gobiernos de los países occidentales se ocupan de forma prioritaria de gestionar la crisis, los del antiguo bloque del Este, de reconvertirse al capitalismo de mercado, los de América Latina y el mundo africano y árabe están sometidos a la prioridad del servicio de su deuda externa. Eso no impide que los poderes del Asia en desarrollo continúen preocupándose principalmente de mantener su crecimiento económico acelerado, en China, en Asia oriental (Taiwan, Corea) y Asia sudoriental y, en un grado más modesto, en la India.

Sin embargo, en las tres primeras décadas de la segunda posguerra mundial el desarrollo fue la preocupación primordial de todos los regímenes y la medida del éxito de

* Economista egipcio; director del Foro del Tercer Mundo de Dakar (Senegal).

los tres proyectos en vigor en esa época: 1) los proyectos del Estado de bienestar en el Occidente desarrollado; 2) el soviétismo en el Este; 3) la modernización acelerada de los países no alineados (el grupo de Bandung: Asia y África) y de América Latina (el desarrollismo). Todos estos proyectos tenían en común que operaban en el marco de una economía nacional autocentrada o se fijaban el objetivo de la construcción (para los países del Este y del Sur). Se diferenciaban en la concepción de su relación con la economía mundial (la interdependencia): concepción abierta (el atlantismo sin orillas, la construcción europea) en el caso de los países del Oeste desarrollado, apertura negociada en los países nacionalistas radicales del Sur, cuasi-autarquía en los países del Este.

Eran distintos también en la naturaleza de las hegemonías sociales que promovía el desarrollo en cuestión (compromiso histórico entre capital y trabajo de las socialdemocracias que operaban en el marco de los Estados-nación del Oeste, populismos de pretensión marxista o socialista específica, burguesía local neocolonial, etc.) y en los medios políticos empleados (democracia electoral populista, dictaduras de partido único). Esta diversidad, para la que se encontraba una legitimidad en el reconocimiento de la diversidad de las condiciones heredadas de la historia (una evidencia plana, indiscutible en sí misma), no debe hacer olvidar la profunda semejanza de los objetivos finales (el bienestar material a través del desarrollo, el fortalecimiento de la posición de la nación en el mundo), a pesar de las concepciones más o menos igualitarias —o no— de la distribución de las rentas.

El ahondamiento de la globalización asumida o rechazada en el curso de estas tres décadas ha minado, progresivamente, la eficacia de las gestiones de la modernización por el Estado nacional, al mismo tiempo que aparecían nuevas dimensiones mundiales del problema (el desafío del medio ambiente a escala planetaria). El sistema mundial entra en una fase de crisis estructural a partir de 1968-1971, crisis de la que no ha salido y que se expresa en el regreso masivo y contumaz del desempleo a Occidente, acompañando a la pérdida de impulso del crecimiento, el desmoronamiento de los regímenes del soviétismo y graves involuciones en ciertas regiones del Tercer Mundo, acompañadas generalmente de un endeudamiento externo insoportable. En cambio, Asia oriental inicia, en la misma época, un periodo de fuerte aceleración del crecimiento.

La posguerra de 1945-1990 se caracterizó por una firme hostilidad entre las diferentes partes del mundo: las guerras frías entre el Este y el Oeste, los conflictos entre el Oeste y el bloque de Bandung. Sin embargo, a pesar de estos conflictos, el desarrollo fue general y en cierto modo más rápido en los países del Este y del Sur, alimentando por ello la tesis de una recuperación posible.

La generalización del crecimiento fue, en realidad, el resultado de una evolución política favorable a las naciones pobres y a las clases populares en general, en detrimento de la lógica unilateral del capital. Hay que subrayar este hecho, omitido con gran frecuencia en las explicaciones (parciales) del *boom* (o de los *booms*) de la posguerra. La derrota del fascismo había conmocionado las correlaciones de fuerza en todas las sociedades del mundo y entre ellas.

En Occidente se creó una correlación de fuerzas mucho más favorable a las clases trabajadoras que en cualquier otra época de la historia del capitalismo. Esta relación nueva constituye la clave para comprender lo que se ha denominado Estado de bienestar, el compromiso histórico entre capital y trabajo que la escuela llamada de

la regulación ha calificado de *fordismo* (una calificación dudosa para quien recuerde que el *fordismo* se constituyó en Estados Unidos antes —y después contra— el *New Deal* de Roosevelt). Se debe insistir en este dato político fundamental, subestimado en los análisis dominantes que dan a entender que el capital buscaría —de forma casi natural— el compromiso con el trabajo.

La victoria de la Unión Soviética y la revolución china crearon, asimismo, condiciones internas e internacionales que estimularon el desarrollo de los países del Este y, en consecuencia, de los del Oeste (obligando al capital a funcionar en el marco del compromiso histórico socialdemócrata). El debate sobre la naturaleza social de este desarrollo —socialista o no— y sus contradicciones internas, en el origen de su agotamiento y, después, de su desmoronamiento, no debe hacer olvidar el efecto estimulante de la competencia política entre el Oeste y el Este, reforzada a su vez por los gastos militares estadounidenses (cuyo papel fue decisivo en la ejecución del compromiso del Estado de bienestar). Simultáneamente, el ascenso de los movimientos de liberación en el Tercer Mundo —la liquidación de la colonización— y la capacidad de los regímenes surgidos de sus victorias para movilizar en su provecho los conflictos entre el Este y el Oeste favorecieron el crecimiento de las economías del Sur, prodigiosas en muchos de sus aspectos.

La erosión de los tres pilares

Los tres pilares erigidos sobre la base de la victoria de los pueblos contra el fascismo, y sobre los cuales se sustentaba el desarrollo, han sido erosionados progresivamente por los propios límites que su contenido de clase les imponía: límites del compromiso socialdemócrata, ambiciones de las burguesías soviéticas y de las del Tercer Mundo. Estos límites internos están en el origen del brusco viraje de la coyuntura política en el decenio de los ochenta. Los desmoronamientos del Estado de bienestar occidental ponen término a la “era del antifascismo de posguerra”, que imponía al capital la obligación de operar en el marco de compromisos relativamente favorables a los pueblos.

De este modo se recrearon unas condiciones favorables a la implantación de la lógica unilateral del capital. Ahora bien, esta lógica no crea por sí sola el crecimiento y menos aún el desarrollo (un crecimiento fuerte acompañado del pleno empleo y de la mejora de la distribución de las rentas en favor de las clases populares). Al contrario, basada en la búsqueda exclusiva del mejor rendimiento financiero del capital, tiende a generar un factor de estancamiento relativo. Marx y Keynes fueron los únicos que comprendieron esta lógica; una lección olvidada por la desaparición progresiva del espíritu antifascista de la posguerra. Es en este marco general donde aparece la idea del desarrollo sostenible, consagrado con ocasión de la reunión convocada por la ONU en Río de Janeiro en 1992.

La crisis y sus características

Crisis producida por el capitalismo y no crisis del capitalismo

Es cierto que la sociedad contemporánea está en crisis, si se llama crisis a aquellas situaciones en que las expectativas de la mayoría no pueden satisfacerse a través de la

lógica de funcionamiento del sistema. Es evidente que los pueblos desean el pleno empleo, la mejora de los servicios sociales, la perspectiva de movilidad social. La lógica unilateral del capital produce desempleo, empobrecimiento y marginación. Las naciones quieren independencia y dignidad. La lógica del capitalismo globalizado produce lo contrario. Los Estados pierden la legitimidad en la que se basaba su intervención en la posguerra, al haber renunciado a regular las relaciones sociales a favor de las clases populares y a intervenir en el ámbito internacional en pro de la defensa de los intereses nacionales. La democracia occidental, el soviétismo (llamado vulgarmente comunismo por sus adversarios) y el nacionalpopulismo de Bandung están en crisis.

Hablar de “crisis del capitalismo” es otra cuestión. La expresión sólo tiene sentido cuando las fuerzas sociales populares oponen a la lógica del despliegue del capital un contraproyecto coherente y posible, como lo eran los proyectos de la época del antifascismo de la posguerra. Ahora bien, estos proyectos, utilizados y superados, no han dejado lugar a nuevos avances, sino a retrocesos en beneficio de la lógica unilateral del capital. Esta época está, pues, lejos de poder ser calificada de crisis del capitalismo. Y así continuará mientras las reacciones políticas ante las dramáticas consecuencias sociales del despliegue del capital sigan siendo lo que son: incoherentes e ineficaces.

La gestión de la crisis

Los poderes políticos herederos de los sistemas de la posguerra se han situado casi exclusivamente al servicio de la lógica del despliegue del capital. Capitalismo y crisis no son antinómicos; nada más lejos de ello, ya que la lógica unilateral del capital genera necesariamente la crisis. Dejado a su libre albedrío, el capital sólo se preocupa de gestionar la crisis, no de resolverla.

La crisis se manifiesta en el hecho de que los beneficios obtenidos de la explotación capitalista no encuentran salidas suficientes en inversiones financieramente rentables y susceptibles de desarrollar las capacidades de producción. La gestión de la crisis consiste en encontrar otras salidas a ese excedente de capitales flotantes, a fin de evitar su desvalorización masiva y brutal, como sucedió en los años treinta. La solución a la crisis implicaría, en cambio, la modificación de las reglas sociales que rigen la distribución de las rentas, el consumo, las decisiones acerca de la inversión, es decir, un proyecto social distinto —coherente— del que se basa en la regla exclusiva de la rentabilidad. La crisis sólo encuentra solución en el caso de que, y siempre que, las fuerzas sociales antisistema impongan al capital unas limitaciones externas a su propia lógica.

La gestión económica de la crisis es evidente, en primer lugar, en el hecho de que los Gobiernos actúan a nivel interno, del Estado, de una forma que pretende sistemáticamente desregular, tal como califican ellos mismos su opción: debilitar las rigideces sindicales, acabar con ellas si es posible, liberalizar los precios y los salarios, reducir el gasto público (sobre todo las subvenciones y los servicios sociales), privatizar, liberalizar las relaciones con el exterior, etc. La receta es la misma para todos y su legitimación se basa en la misma dogmática: la liberalización liberaría un potencial de iniciativa humillada por el intervencionismo y volvería a poner la máquina econó-

mica en el camino del crecimiento; aquellos que liberalicen con más rapidez y de manera más total ganarán con ello mayor competitividad en los mercados mundiales abiertos.

Dando por sentado el hecho de que, como comprendieron Marx y Keynes, la liberalización en cuestión encierra a la economía en una espiral deflacionista de estancamiento y resulta imposible de gestionar a nivel mundial, multiplica los conflictos que no se pueden solventar y las agresiones irreversibles al medio ambiente, y está ligada al beneficio de la repetición seductora de que el liberalismo prepararía un desarrollo (por venir) presuntamente sano. ¿Sobre la base de qué criterios se juzgaría este carácter? Nadie lo sabe.

Simultáneamente, la legitimación de las opciones se ve reforzada por algunas propuestas políticas e ideológicas tan vagas —y falsas— como las propuestas formuladas en el terreno del mecanismo económico. Se trata la liberalización económica como si fuera sinónimo de democracia política y toda crítica que se formule contra ella es calificada de inaceptable en nombre de la defensa de la democracia. Los méritos de la liberalización económica son aireados en nombre del principio de transparencia, considerando a priori el Estado como el lugar de la opacidad (se ignora, pues, que el Estado democrático debería tender a crear las mejores condiciones de transparencia), mientras que la opacidad —real— de lo privado, protegida por el “secreto profesional”, no es objeto de la menor mención. La realidad social y económica —los oligopolios, las relaciones entre lo público y lo privado, la corrupción— no es objeto de análisis científico. Rara vez se ha visto que un discurso ideológico puro y simple, tan extremo como un discurso dogmático fundamentalista, sea propuesto sin cesar —por los medios de comunicación, los discursos dominantes, etc.— como una evidencia establecida.

La globalización capitalista exige que la gestión de la crisis opere a este nivel. Esta gestión debe hacer frente al gigantesco excedente de capital flotante que genera la sumisión de la máquina económica al criterio exclusivo del beneficio. La liberalización de las transferencias internacionales de capitales, la adopción de cambios flotantes, los tipos de interés elevados, el déficit de la balanza de pagos estadounidense, la deuda externa del Tercer Mundo, las privatizaciones, constituyen en su conjunto una política perfectamente racional, que ofrece a esos capitales flotantes la salida de una huida hacia delante en la inversión financiera especulativa, eliminando con ello el peligro primordial, el de una desvalorización masiva del excedente de capitales. Es posible hacerse una idea de la enorme magnitud de este excedente mediante el cotejo de dos cifras: la del comercio mundial, que es del orden de tres billones de dólares anuales, y la de los movimientos internacionales de capitales flotantes, que está entre ochenta y cien billones, es decir, treinta veces más.¹

En el marco de esta política de gestión de la crisis, las instituciones internacionales son instrumentalizadas para que sirvan especialmente para controlar las relacio-

¹ Remito al lector a las páginas que he dedicado al análisis de la racionalidad de este conjunto de políticas de gestión de la crisis. Hay que señalar su carácter perfectamente racional y eficaz desde este punto de vista, porque la literatura crítica de las políticas liberales trata este tema aislando cada una de estas medidas para resaltar su carácter aparentemente absurdo (ver bibliografía).

nes entre el Este y el Sur y las nuevas relaciones entre el Oeste y el Este. Así, las funciones del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial se centran en imponer la liberalización, gestionar la flotación de las monedas, someter las economías del Tercer Mundo y del Este al imperativo absoluto del servicio de la deuda, mientras el Acuerdo General sobre Inversiones y Comercio (GATT), oculto detrás del discurso librecambista, se esfuerza de hecho en proteger los mercados controlados por los oligopolios transnacionales dominantes. El G-7 trata de coordinar el conjunto de estas políticas de gestión de crisis, aunque sin llegar a enfrentarse ni a los problemas de fondo cuya solución se impone para salir de la crisis, ni a los conflictos de intereses entre los socios principales que lo constituyen.²

La ausencia de soluciones a la crisis

La modificación de las relaciones sociales

La prioridad que se concede a los requisitos de gestión de la crisis generada por el triunfo inapelable de la ley del beneficio no acerca a su solución; todo lo contrario, la aleja cada día un poco más. La crisis se abrió hace casi veinticinco años cuando, a partir de finales de la década de los sesenta y principios de los setenta (antes incluso de la primera crisis del petróleo de 1973), los niveles de inversión productiva cayeron en picado, haciendo aparecer un excedente de capitales flotantes que no ha hecho sino aumentar desde entonces. A pesar de la tenacidad de este estancamiento, los sucesivos poderes constituidos continúan hablando de recesión y de recuperaciones, es decir, utilizando el lenguaje de la coyuntura, a pesar de que se trata de desequilibrios estructurales fundamentales, producidos por un liberalismo triunfante que no se pone en tela de juicio.

La catástrofe social azota todas las regiones del mundo. En los centros desarrollados se manifiesta en la instalación duradera del desempleo permanente; en las periferias, en la congelación del crecimiento, el agravamiento de la miseria y trágicas regresiones. Desde el punto de vista global, la prioridad otorgada a la gestión de la crisis sacrifica los esfuerzos que sería necesario efectuar si de verdad se desea salvaguardar el futuro del medio ambiente y por tanto el desarrollo sostenible a nivel planetario. La ideología y el discurso dominantes presentan estos sacrificios como si sólo fueran temporales, pero necesarios para reconstruir estructuras eficaces que permitan la recuperación del desarrollo.

La sumisión unilateral a la ley del beneficio encierra una espiral deflacionista que no encuentra término por sí misma. El viraje, cuando tiene lugar, es siempre consecuencia de un choque externo, es decir, de la lógica económica unilateral del beneficio. La modificación de las relaciones sociales mediante la acción política, en favor de una redistribución de las rentas, la guerra o su preparación, la apertura de expansiones geográficas coloniales exteriores, crean condiciones favorables para una recuperación de la expansión, capaces de obtener beneficio de una oleada de

² De nuevo remito al lector a las propuestas que he formulado en este sentido (ver bibliografía).

renovaciones tecnológicas. Fue así, por ejemplo, como el fortalecimiento de la posición de las clases trabajadoras que acompañó a la victoria antifascista creó las condiciones para la expansión de las industrias de masas de la posguerra. La explicación frecuente, según la cual esta oleada de innovaciones estuvo en el origen de la regulación llamada *fordista*, invierte el sentido de la causalidad. Se podría explicar de este modo, con Sweezy —y aunque sea una postura minoritaria— la historia del capitalismo que, en oleadas sucesivas, consigue quebrantar su tendencia natural al estancamiento.

El liberalismo sin fronteras

No se saldrá, pues, de la crisis siguiendo las estrategias del liberalismo sin fronteras. Se trata de una utopía tenaz en la historia del capitalismo, porque expresa de forma extrema el núcleo duro de la visión ideológica de un capitalismo puro, reducido a las leyes de la acumulación regulada únicamente por la lógica estricta del capital.

Este liberalismo total no ha existido nunca y los momentos en que las condiciones políticas han permitido intentar su implantación han sido siempre breves. Pues ha producido necesariamente su contrario, es decir, reacciones políticas que, al tiempo que acababan con él, han modificado las relaciones políticas y sociales y han creado las condiciones para una nueva etapa de expansión o de guerra. Las ideologías del liberalismo son incapaces de comprender este hecho: que la expansión siempre iba asociada a prácticas que limitaban el proyecto total del liberalismo teórico, no por azar sino por necesidad. Por ello estos ideólogos condenan siempre la historia, los Estados, a las burguesías y los pueblos, porque se niegan a plegarse a las exigencias de la ley económica de este capitalismo imaginario que sólo existe en los libros de los economistas convencionales.

La expansión de la posguerra duró cuatro decenios antes de agotar las posibilidades que le ofrecían los sistemas sociales construidos sobre la base de la victoria antifascista. Pero han bastado algunos años para que el proyecto de la utopía liberal lleve a la catástrofe.

Las reacciones políticas

Las tentativas de implantar el proyecto utópico del liberalismo producen siempre reacciones políticas que lo rechazan. Pero estas reacciones rara vez han sido, hasta ahora, expresión de un contraproyecto sistemático, coherente y potencialmente eficaz para salir de la crisis. En un primer momento son casi siempre espontáneas, parciales, contradictorias e incluso conflictivas. Hoy, en un sistema global caracterizado por una globalización profunda, estas reacciones pueden ser calificadas, en una palabra, de proteccionistas, pues preconizan el cierre parcial de las fronteras, el control de los movimientos de capitales, diferentes medidas para la defensa de las industrias (y de la propiedad) nacionales, a veces el regreso al contrato social entre capital y trabajo, la rehabilitación del Estado, etc.

Estas reacciones encuentran legitimación en el rebrote del discurso del nacionalismo, que se desliza fácilmente hacia el chauvinismo, agresivo en quienes están en

una posición de fuerza relativa, defensivo entre los débiles. La práctica del nacionalismo no es necesariamente ineficaz, como asegura el discurso liberal teórico. Si Asia ha escapado hasta ahora de la crisis general; si el crecimiento fuerte ha proseguido en Japón hasta estos últimos años, al igual que en Corea y Taiwan; si se acelera en China; si se mantiene, aun en tasas más modestas, en el sudeste de Asia y en la India, ¿cómo se explica esta excepción? Existen sin duda razones múltiples y complejas, que operan de manera distinta en los distintos países, aunque sólo sea porque los sistemas sociales y la herencia en términos de niveles de desarrollo son diferentes de un país a otro. Se han mencionado, en este sentido, todas las explicaciones posibles e imaginables, incluidas las que concedían un lugar preferente a las estructuras culturales, reales o imaginarias (como lo ilustra el debate sobre el confucianismo).

Todos los países en cuestión han aplicado —en grados diversos— políticas fuertemente marcadas por el nacionalismo, en el sentido proteccionista estatista antes mencionado. No han hecho lo mismo que la Unión Europea y Estados Unidos, América Latina y África, es decir, más o menos aplicar las recetas del liberalismo. Han hecho más bien lo contrario, ya sea en un marco de capitalismo avanzado (Japón), o en construcción rápida (Corea), en el del socialismo llamado de mercado en la China de Deng Xiaoping, o en el marco más integrado de economías del Tercer Mundo capitalista (sudeste de Asia, India).

Los resultados han sido tanto más impresionantes ya que las prácticas nacionalistas —proteccionistas— estatistas han sido sistemáticas y coherentes. ¿Por qué razones estos países han sido capaces de hacer esta elección y de imponerla? Las respuestas a esta pregunta son necesariamente complejas, y deben relacionar las preocupaciones geoestratégicas de Estados Unidos (y el apoyo excepcional del que se benefician Japón, Corea, Taiwan y el sudeste de Asia a cambio de su adhesión a la cruzada anticomunista, abriendo un espacio de tolerancia al nacionalismo que se rechaza en otros lugares); las excepcionales dimensiones de los países-continente (China, India), donde la expansión del mercado interior sigue siendo una opción de repliegue eficaz en caso de dificultades para la exportación (si bien otros países gigantes como Brasil o la nueva Rusia no parecen querer, o ser capaces de, movilizar esta ventaja en su beneficio) y, evidentemente, las particularidades de la estructura social (si China obtiene mejores resultados que la India es, precisamente, porque el maoísmo llevó a cabo en ese país transformaciones gigantescas que constituyen la base sobre la que se asienta el desarrollo en curso) y quizá otras razones (¿culturales?). Ningún país de la región —a excepción de la India— es particularmente respetuoso con la democracia. La de Japón se asemeja más al sistema de partido único que al modelo pluripartidista occidental, y lo menos que puede decirse es que todos los regímenes de Asia oriental y sudoriental son autoritarios.

Las prácticas del nacionalismo, ¿serán capaces de proteger indefinidamente la región? Es difícil responder a esta pregunta. Japón parece amenazado, como quizá los países medianos (pero en absoluto los pequeños) de Asia oriental y sudoriental; India ha entrado en una crisis política que amenaza la estabilidad de sus resultados económicos. China sigue siendo una excepción potencial, si sabe evitar que sus provincias meridionales, atraídas por un modelo coreano-taiwanés-hongkonés, amenacen la unidad del país (la opción alternativa es articular el crecimiento de esas provincias en la

apertura del mercado interior). Por otro lado, la interpretación cada vez más extendida del conjunto de las economías de la región concede a China una autonomía relativa respecto al resto del mundo que constituye una baza favorable para la continuidad del “milagro asiático”.

Pero si el nacionalismo ha ofrecido en Asia resultados positivos en términos de crecimiento económico (no de justicia social ni de democratización), no es éste el caso en otros lugares, en el mundo azotado por la crisis.

En América Latina, en el mundo árabe y en África subsahariana, el nacionalismo practicado por los regímenes populistas del desarrollismo y de la era de Bandung pertenece al pasado. Su retroceso no ha abierto el camino a un progreso capaz de superarlo, sino a graves involuciones. Podrían interpretarse como manifestaciones de esta regresión el ascenso del etnicismo al asalto de los nacionales (tanto aquí como en Europa oriental y en la antigua URSS) y las ilusiones del fundamentalismo llamado religioso (principalmente islámico, pero también hinduista). Lejos de abrir el camino a una democratización de los Estados y las sociedades, y a un rebrote sano de nacionalismo y cooperación regional, estas involuciones revelan una especie de neofascismo de países débiles. ¿Son menos negativas las reacciones en América Latina, donde las reivindicaciones democráticas parecen más sólidas? ¿Serán capaces de articularse en torno a proyectos coherentes de progreso social que impliquen, a su vez, tanto en esta como en otras regiones, una sana dosis de nacionalismo (en el sentido de rechazo de la globalización capitalista polarizadora del proyecto utópico liberal) y de cooperación internacional?

En Europa no debe excluirse siquiera el regreso del nacionalismo, como reacción al proyecto europeo liberal. El proyecto europeo, reducido al concepto de mercado común, entraña una contradicción que corre el riesgo de resultarle fatal. De hecho, este proyecto de integración económica sólo puede ser irreversible si va acompañado de una integración política, impulsada por un nuevo contrato social entre capital y trabajo, lo que sólo podría ser aplicado a escala europea por una izquierda coherente. Impulsado por la derecha, el proyecto europeo está hoy visiblemente amenazado de estancamiento (y el *second best* representado por la opción de una Europa alemana no permite ir más allá), quizás incluso de explosión, por una vuelta de tuerca nacionalista. Pero este nacionalismo de inspiración derechista alimenta la rehabilitación de los fascismos, ya en curso, más que poner en marcha una renovación social progresista. Operar en un sistema que siga basándose en los principios del liberalismo sólo puede entrañar un ciclo de acciones-reacciones que encierre al continente en una espiral regresiva, en los terrenos económico, político e ideológico. No constituye una respuesta eficaz a la crisis, dado el grado de globalización que han alcanzado hoy las economías de la región. En Europa oriental y en la antigua URSS, los callejones sin salida en los que ha encerrado a la sociedad el rebrote de los nacionalismos (y subnacionalismos) locales son aún más dramáticos.

Los poderes constituidos aquí y allí, en Estados Unidos, en Europa, en el antiguo Este europeo y soviético, en América Latina, en África y en Oriente Medio, pretenden ante todo gestionar la crisis política producida por la crisis económica. Pero, del mismo modo que la gestión económica de la crisis no es la solución, su gestión política no tiene más valor. Esta crisis política puede calificarse de caos: callejones sin sali-

da de la Europa de la Unión Europea, posibles involuciones, caos y desarticulación de la Europa oriental y la antigua URSS, resquebrajamiento de numerosas sociedades de las regiones del Tercer Mundo afectadas. La gestión política de este caos se basa siempre en prácticas de *realpolitik*, cínicas y cortas de miras, que manipulan los nacionalismos, culturalismos, racismos y etnicismos de rasgos fascistas. Respecto a Europa oriental, América Latina, África y Oriente Medio, estas políticas consisten en echar leña al fuego, con la esperanza de obtener un beneficio inmediato del debilitamiento de los poderes en estas regiones y reduciendo las posibilidades de un renacimiento progresista de las sociedades en cuestión. En esta línea, es recomendable una lectura crítica de las políticas de gestión de la crisis, tanto en su dimensión militar (las estrategias de guerras de baja intensidad) como políticas, especialmente en lo que se refiere a Yugoslavia, Etiopía y, de una manera general, Europa oriental, África y Oriente Medio.

Lejos de confirmar el discurso dominante que asegura que la democratización está en marcha, la gestión económica y política de la crisis intensifica en todas partes el peligro de regresiones antidemocráticas. El liberalismo corre el riesgo de generar fascismo, como Karl Polanyi analizó en *La gran transformación* (1944), invitando a sus contemporáneos a comprender que la victoria antifascista —que ponía fin a la búsqueda de la utopía liberal que había caracterizado la primera posguerra mundial— había creado las condiciones para una nueva expansión. Esta lección, hoy olvidada, debe ser recordada con fuerza. Sólo se saldrá de la crisis y del riesgo de regresión fascista rompiendo categóricamente con la lógica del neoliberalismo globalizado.

Es cierto que la historia no se repite, al menos de la misma forma. Cabría observar, en este sentido, que el término fascismo traslada abusivamente a nuestro tiempo experiencias muy marcadas por su época, en condiciones diferentes de las actuales. Esto es exacto, como lo es que el neofascismo —al que se llamaría así a falta de un término mejor— comparte con su predecesor sus rasgos antidemocráticos y muchos métodos comunes. En los países del centro desarrollado adopta la forma de una derecha autoritaria que asimila propuestas agitadas por una extrema derecha minoritaria (como el racismo) e impone políticas favorables unilateralmente al gran capital (perpetuando la crisis y la gestión de la marginación en una economía de varias velocidades). Pero ni siquiera así se evitan deslices que acercan al viejo modelo del nacionalismo fascista y chauvinista, aunque se mantengan las formas de una democracia electoral, manipulada y vacía de todo contenido real. No debe subestimarse el peligro que representa la rehabilitación, en curso, del fascismo. En los países de la periferia, situados en lo que P. González Casanova describe como un colonialismo global, el neofascismo adopta formas más brutales aún, ya que opera en sociedades debilitadas y desesperadas. Limpiezas étnicas y atomización incesante de los Estados, dictaduras terroristas ejercidas en nombre de la religión son las formas, ya visibles, de esta gestión por poderes incapaces de poner en entredicho la sumisión de su sociedad a una inserción en la globalización que está en el origen de su drama. Estas prácticas pueden perpetuar la apariencia del mantenimiento del orden favorable a la explotación de los pueblos por el gran capital globalizado dominante, y ser sostenidas desde el exterior.

La salida del caos

Las fuerzas antisistema contra la lógica de la acumulación capitalista

Ni el endeudamiento liberal ni las lógicas de su rechazo neofascista permiten salir del círculo infernal de crisis y caos. Sólo se puede encontrar una respuesta eficaz a los desafíos si se acepta la lección de *La gran transformación*. La historia no se rige por el despliegue infalible de las leyes de la economía pura, como imaginan algunos profesores universitarios. Es producida por las reacciones sociales ante las tendencias que esas leyes expresan y que, a su vez, definen las relaciones sociales en el marco de las cuales operan estas leyes. Las fuerzas antisistema —si se llama así al rechazo organizado, coherente y eficaz a la sumisión unilateral y total a las exigencias de estas supuestas leyes (la ley del beneficio propia del capitalismo como sistema)— regulan la verdadera historia tanto como la lógica pura de la acumulación capitalista. Regulan las posibilidades y las formas de la expansión que se despliegan en los marcos cuya organización imponen.

El método preconizado aquí impide, pues, formular de antemano recetas que permitan salir de la crisis, ya que la solución sólo puede ser el resultado de transformaciones en las relaciones entre las fuerzas sociales y políticas, a su vez producidas por luchas cuyos desenlaces no son conocidos de antemano. Pero se puede reflexionar al respecto, desde la perspectiva de contribuir a la cristalización de contraproyectos coherentes y posibles y, por tanto, ayudar al movimiento social a superar las falsas soluciones (neofascistas) en las que, de no hacerse así, corre el riesgo de enredarse.

No es posible gestionar el mundo como un mercado mundial, ni se puede eliminar la intervención ideológica y política en beneficio de la sumisión unilateral a las supuestas leyes del mercado (como preconizan los ideólogos del antiestado en todos los niveles), pero tampoco se puede seguir rechazando y negando el hecho de la globalización. Nunca es posible remontar hacia atrás el curso de la historia. Volver a los modelos de expansión de la posguerra —basados en la posición central que ocupaba el Estado-nación autocentrado desde el punto de vista económico y político-cultural— supondría regresiones económicas y otras posiciones insostenibles. Por eso las ideologías que niegan el carácter irreversible de la evolución recorrida están condenadas a funcionar como fascismos, es decir, a someterse a las exigencias de las nuevas condiciones impuestas por la globalización, mientras pretenden liberarse de ella. Se basan en el engaño y la mentira, y por eso sólo pueden funcionar mediante la negación de la democracia. Están obligadas a movilizar a las sociedades en torno a problemas falsos —la pureza étnica, la sumisión a leyes supuestamente religiosas— y a instrumentalizar estos métodos para imponer sus dictaduras mediante el terror.

El desafío consiste hoy en conciliar la interdependencia que implica la globalización y las desigualdades de poder frente a esta globalización que caracterizan tanto a los distintos agentes sociales (los trabajadores de los distintos sectores de la economía), desigualmente competitivos (frente al capital), como a los diferentes agentes nacionales (los centros dominantes, las potencias medianas, las periferias industrializadas, los cuartos mundos marginados). Hay que partir de esta evidencia trivial: el mundo es a la vez uno y diverso. Pero la diversidad no es sólo —ni siquie-

ra principalmente— cultural. El énfasis que se pone en esta última relega a un segundo plano la diversidad primordial: la de las posiciones que se ocupan en la jerarquía económica del capitalismo globalizado. Esta última es la que hay que enfrentar en primer lugar. Se manifiesta no sólo en las desigualdades entre los pueblos (diferentes culturalmente o no, según los casos), sino también en las desigualdades internas entre las clases y categorías sociales. No habrá solución a la crisis mientras no se fortalezcan las posiciones de todos los débiles del sistema: los pueblos de las periferias, las clases sociales dominadas en todos los países de los centros y de las periferias. Dicho de otro modo, salir del colonialismo global y de los mitos liberalistas, rechazar los repliegues neofascistas. Estos son los grandes principios a partir de los cuales se puede desarrollar una reflexión útil para la construcción de un contraproyecto humanista, universalista y preocupado por respetar las diversidades (no las desigualdades), democrático y capaz de desembocar en un verdadero desarrollo sostenible.

Las agrupaciones regionales en el seno de la globalización

La interdependencia, negociada y organizada de tal modo que permita a los pueblos y a las clases dominadas mejorar sus condiciones de participación en la producción y su acceso a mejores condiciones de vida, constituye el marco de la construcción de un mundo policéntrico. Implica superar la acción en el marco del Estado-nación —sobre todo los de dimensiones modestas o medianas— en beneficio de organizaciones regionales a la vez económicas y políticas, y la organización de condiciones que permitan negociaciones colectivas entre esas regiones.

Se trata de una concepción nueva de las regionalizaciones, diferente de las concebidas en el marco del sistema dominante actual. Estas últimas están constituidas como correas de transmisión de la globalización polarizadora, uniendo zonas periféricas a centros dominantes y compartiendo, de este modo, las responsabilidades del colonialismo global. El TLC/NAFTA (Tratado de Libre Comercio de América del Norte, que une a México con Estados Unidos y Canadá), los Acuerdos de Lomé (que vinculan a la Unión Europea y África, el Caribe y el Pacífico), los conceptos de la zona del yen (Japón-sudeste de Asia) y del proyecto de zona del Pacífico (Estados Unidos, Japón, Australia y países ribereños de ese océano) recuperan un concepto neoimperialista inadecuado para el objetivo de reducción de las diferencias. Los simples mercados comunes regionales (como MERCOSUR en América del Sur, la Comisión Económica de Estados de África Occidental, CEDEAO/ECOWAS, en África occidental y la ZCP/PTA en África oriental y austral), al igual que las organizaciones políticas comunes heredadas de la Guerra Fría (la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático, ASEAN, en el sudeste de Asia), han sido objeto también de severas críticas.

Como contraposición a estas visiones inadecuadas de la regionalización, existen argumentos a favor de la reconstrucción llevada a cabo simultáneamente en los niveles regionales y mundiales, en particular en las áreas de los intercambios comerciales de los mercados de capitales y de los sistemas monetarios:

- 1) Es necesario concebir la Organización Mundial del Comercio (OMC) no

como la continuación del Acuerdo General sobre Inversiones y Comercio (GATT), sino como una institución encargada de planificar el acceso al uso de los grandes recursos naturales del planeta y los precios de las materias primas. En caso contrario, el discurso sobre el medio ambiente seguirá siendo una retórica hueca, demagógica y manipulada contra los intereses de la humanidad en general y de los pueblos de la periferia en particular. La OMC debería ser responsable también de los planes objetivos de intercambios industriales interregionales que concilien la competitividad general, una distribución favorable al avance de las regiones desfavorecidas y la creación de condiciones que permitan la mejora de las rentas de las clases trabajadoras más desfavorecidas. Los términos del Tratado que ha presidido su constitución contradicen ya cierto número de estos principios.

- 2) Son necesarios mercados organizados de capitales que permitan canalizar los excedentes financieros hacia la inversión productiva en las periferias, tomando el relevo del mercado global que, tal como es actualmente, favorece las transferencias de los países más pobres hacia los más ricos y canaliza los excedentes en dirección a Estados Unidos, cuyo déficit permiten perpetuar.
- 3) Es necesario replantearse el sistema monetario global, ya obsoleto, y sustituir los cambios flotantes y el patrón dólar de los sistemas que articulan conjuntos monetarios regionales (entre ellos el conjunto europeo, pero también otros relacionados con cada una de las grandes regiones del Tercer Mundo y de la antigua URSS) para garantizar una relativa estabilidad de los intercambios y reforzar la eficacia de los mercados de capitales a los que antes se aludió. Este proyecto se opone a la transformación del FMI en un Banco Central Mundial, proyecto utópico y peligroso, inscrito en la lógica de la globalización polarizadora.

Las regiones que surgen en la línea de estas transformaciones no constituyen sólo conjuntos económicos de integración preferente. Deben construirse también como espacios políticos que favorezcan el fortalecimiento colectivo de las posiciones sociales de las clases y las subregiones desfavorecidas. Esta regionalización no afecta sólo a los continentes del Tercer Mundo (América Latina, el mundo árabe, África subsahariana, el sudeste de Asia, los países-continente como China y la India), sino también a las Europas (la Europa de la Unión Europea, Europa oriental, la antigua URSS).

Desde esta perspectiva, que concilia globalización y autonomías locales y regionales (una “desconexión” coherente con los nuevos desafíos), se deja un margen para una revisión seria de los conceptos de ayuda y de los problemas de democratización del sistema de Naciones Unidas —que podría consagrarse entonces de manera eficaz a objetivos de desarme, que serían posibles gracias a fórmulas de seguridad nacional y regional, asociadas a la reconstrucción regional—, iniciar la implantación de una fiscalidad globalizada (en relación con la gestión de los recursos naturales del planeta), o completar la organización interestatal que es la ONU mediante la puesta en marcha de un Parlamento Mundial capaz de conciliar las exigencias del universalismo (derechos del individuo, de las colectividades y de los pueblos, derechos políticos y sociales, etc.) y la diversidad de las herencias históricas y culturales.

Este proyecto sólo tiene posibilidades de ver cómo su realización avanza

progresivamente si previamente cristalizan, a escala del Estado-nación, fuerzas sociales y proyectos capaces de ser vehículos de las reformas necesarias, imposibles en el marco impuesto por el liberalismo y la globalización polarizadora. Tanto si se trata de reformas sectoriales (como las relativas a la reorganización de la administración, la fiscalidad, la educación, las fórmulas de desarrollo participativo sostenido) como de visiones más generales de democratización de las sociedades y de su gestión política y económica, estas etapas preliminares son ineludibles. Sin ellas, la visión de una reorganización planetaria capaz de hacer salir al mundo del caos y de la crisis y de hacer arrancar de nuevo el desarrollo seguirá siendo utópica.

Desde esta perspectiva general hay que plantear la cuestión del desarrollo sostenible, pues si éste queda reducido a las cuestiones medioambientales, se dejarán en el silencio las relaciones sociales que lo condicionan y se vaciará de contenido el concepto mismo de desarrollo. Peor aún, existe un riesgo real de que se impongan, a los países y regiones de las periferias, medidas de las que quedarán dispensadas las economías desarrolladas, pues la exigencia real de la protección de la naturaleza puede ocultar también la reproducción de las desigualdades y el deseo implícito de salvaguardar las relaciones sociales de una economía globalizada en el marco del neoliberalismo.

Traducción del francés: Fabián Chueca.

Bibliografía

Para evitar repeticiones, éstas son algunas de las fuentes de las reflexiones a las que se ha hecho alusión en el texto:

Los rasgos del ciclo de posguerra

- 1993 - AMIN, S., *Itineraire intellectuel*, París, L'Harmattan, Cap. VIII (El hundimiento de los mecanismos de la regulación capitalista).
- 1994 - AMIN, S. (Ed.), *Mondialisation et Accumulation*, París, L'Harmattan, pp. 10-19 (los “tres pilares” que constituyen la base de la expansión de la posguerra y las razones de su erosión). En español, *Globalización y acumulación*, Anthropos, Barcelona, 1995.

Las nuevas formas de la explotación del trabajo y de la polarización mundial que la acompaña

Se trata, en particular, de los denominados “cinco monopolios” que reproducen la polarización en las nuevas condiciones y la forma correspondiente de la ley del valor mundializado.

- 1994 - AMIN, S., *The Future of Global Polarization*, revista de la Universidad de Nagoya, Binghamton.

La gestión política de la crisis

- 1991 - AMIN, S., *L'Empire du chaos*, París, L'Harmattan, Cap. I (“El imperio del caos”), Cap. II (“La nueva globalización capitalista”), Cap. V (“Los conflictos regionales”).
- 1992 - AMIN, S. (Ed.), *Les stratégies militaires de l'hégémonie américaine*, París, L'Harmattan (“Las apuestas estratégicas en el Mediterráneo”), pp. 11-105.
- 1994 - AMIN, S., *L'ethnie à l'assault des Nations*, París, L'Harmattan.

La crítica de los sistemas de Bretton Woods

- 1993 - AMIN, S., “Replacing the International Monetary System”, *Monthly Review*, Nueva York, Vol. 5, octubre.
- 1994 - Le cinquantième anniversaire de Bretton Woods, *Cahiers du CEAD*, Montreal.

Se encontrará también, en estos dos estudios, la argumentación sobre las reformas propuestas y el concepto de regionalización. Véase también sobre este último tema:

- AMIN, S., Regionalization in the Third World, en *Response to the challenge of polarizing globalisation*, WIDER.